

## EGLOGA QUINTA.

Dejó el agradable canto de los pastores alegres los campos, regocijado el día, y el prado con mayores muestras de hermosura, haciéndonos la tarde mas apacible un fresco viento que los altísimos árboles sobre nuestras cabezas movia, tan llenos de placenteras aves que la diversidad de sus cantos en un nuevo paraíso nos tenia sin acordarnos de otra cosa que de oírlos, unos tendidos sobre la yerba, y otros á la orilla del rio perdidos entre las flores, cuando por una senda que de la ciudad bajaba algunos de los que allí estábamos vimos venir un pastor, vestido un blanco pellico, un zurrón al hombro hecho de una remendada piel de cabrito tan artificiosamente, que sin salir de las manchas, que la diferenciada lana tenia, estaba en ellas pintado un hermoso cerbatillo, á quien un fiero mastin ahogaba, con tanta perfeccion como si la libre naturaleza se hubiera querido obligar á semejante labor. Un cayado en la mano, y sobre los cabellos que lo amarillo de la rosa parecian, un sombrero hecho de verdes hojas de plátanos, tejidos en una hermosa guirnalda de flores: una zampoña al cuello, cuya suavidad nos dejó en una suspensa quietud; y no sé si ha-

biéndonos primero visto ó descuidado de que nadie le oyese, ya que á nosotros llegaba así comenzó á cantar:

FELICIO.

Perdido ando señora entre la gente  
 Sin vos, sin mí, sin ser, sin Dios, sin vida:  
 Sin vos porque de mí no sois servida,  
 Sin mí porque con vos no estoy presente,  
 Sin ser porque del ser estando ausente  
 No hay cosa que del ser no me despida,  
 Sin Dios porque mi alma á Dios olvida  
 Por contemplar en vos continuamente,  
 Sin vida porque ausente de su alma  
 Nadie vive, y si ya no estoy difunto  
 Es en fe de esperar vuestra venida:  
 ¡O bellos ojos, luz preciosa y alma  
 Vuelve á mirarme, volverisme al punto  
 A vos, á mí, mi ser, mi Dios, mi vida.

Fueron las artificiosas rimas del pastor, su talle y avisada desenvoltura no poco invidiadas de los que le oimos; y habiéndose agudamente mezclado á nuestra conversacion, casi desde luego sentimos en él una interior tristeza, que por bien que trabajaba en encubrirla, cuando menos se cuidaba della y de sus pensamientos quedaba vencido, y á veces tan suspenso y triste que no poca compasion ponía. Habiéndole pues importunado mucho á contarnos sus cosas, él, que muy avisado era y hasta nuestros deseos conocia inclinados á

su remedio, desta manera comenzó á decir: Ya pastores, si el cielo por bien lo tiene, desde ahora no quiero callar mi dolor, porque si es verdad que todas las cosas del mundo tienen su término señalado, mi pena que sin duda es alguna dellas no es posible que en mí solo se eternize, que el tiempo muchas veces sana lo que la razon no pudo: mas porque ya podria ser que semejantes males pocas veces se hallen entre pastores, soy contento de os contar el mio por el mismo estilo que en mí pasa, si allá las palabras alcanzaren y á vuestros oídos el sufrimiento para tanto. Vosotros sabreis, serranos, que no muy desviado destas cabañas, en aquella parte que dos sierras así estrechan los costados á este claro y fugitivo rio, que convertido al parecer en pequeño arroyo tan profundo y soberbio sale, que en el tendido llano donde despues con ruido se arroja á todo el mundo descubre su grandeza y magestad; pues en aquel estrecho paso, morada de las cristalinas ninfas, un bosque antiguo se halla de grandes tiempos atras por los comarcanos pueblos guardada inviolablemente su pureza, sin que jamas de pesada hacha ó segur en él se haya oido mortal golpe, donde, si á la fama se ha de dar crédito, en los primeros siglos del mundo las deidades de los campos habitaron, manteniéndose de rústicas bellotas y castañas, bebiendo el agua de las fuentes, y pasando semejante estrechez

como si de mortales sombras fueran vestidas. Y aun en estos estragados tiempos por lo mas escondido dél algunas temerosas cuevas se hallan, que con el secreto y pureza debida guardan todavía en sus verdes senos las encubiertas deidades, conservadoras de las cercanas selvas y saludables pastos, sin otros muchos templos que por las huecas concavidades de los árboles á particulares dioses son concedidos. Pues en este sagrado bosque, en lo mas florido dél ha de estar el principal templo dedicado á los felices principios del año, donde todas las lunas del florido abril se celebra universal sacrificio, así en las alegres luces del dia como en las tinieblas de la noche, en cuyo silencio por los sombríos altares sus enlutados fuegos resplandecen. En este tiempo en compañía de otros serranos, no sé por cual rigor del cielo fui por aquellos montes á guarecer mis corderos de las dañosas revueltas de marzo, y á bulto tambien de la comunidad á celebrar la universal fiesta, cuyo alegre dia apenas se descubrió por el mas alto cerro, cuando á todos prometió un nuevo y no esperado regocijo, sin que alguno tan avariento y necesitado hubiese de los que en arar sus barbechos, sarmentar sus viñas ó podar sus huertos estaban ocupados, que á la voz de la comun festividad no desunciese los yugos, dejase las gavillas, y el hocino ó podadera olvidada en el árbol, no antepusiese este á otro cualquier ejercicio: hasta los simples

zagalejos pienso que por no se embarazar en hacer el ordinario queso dejaron aquel dia de aliviar las pesadas ubres de la mantecosa leche, dando á los tiernos corderos como en albricias de la alegría mas del ordinario sustento. Llegada ya la hora de la solemnidad, y el religioso templo cercado de encendidas hogueras, por los altares comenzaron á humear las calientes entrañas de los animales muertos, y con la claridad de las resinosas teas no de otra suerte se gozaba todo que si de aquella parte el dia no hubiera hecho ausencia. Los sacrificios, las ceremonias, las oraciones y los demas piadosos votos, la compostura y ornamento del sagrado lugar, ni al que ahora tenemos es lícito ni á mi lengua permitido declararlo; porque no todas palabras son suficientes á tratar las cosas de los inmortales dioses, y mas las mias, que en este discurso solo se encaminan á contar los livianos pasos de mi vida. Y para no perder en esto mas tiempo que el de hasta aquí, sabed que sobre las maravillas que entonces en aquel templo ví fueron unos alegres ojos, así hermosos y bellos y en todas perfecciones acabados, que luego dije entre mí: estos serán templos de mi alma y los ídolos á quien de hoy mas ofreceré, no carnes de animales muertos, mas mis entrañas abrasadas en aquel mismo fuego que de sus rayos nace, poderoso á dar vida y muerte. Y no sé si el sacrificio fue acepto, que si lícito es decirlo, yo por

entonces sentí en ellos cierta blandura, no sé si de amor si de compasion nacida, mas tan bastante á enternecer los robles que no supe mas que arrojarme á sus pies pidiendo misericordia, y aunque con voz flaca y caída, con el mayor espíritu que pude llegándome donde la beldad resplandecia estas palabras le dije: O tú celestial imágen, bulto de luz y resplandor divino, si alguna parte tienes de la tierra y algo los ruegos de un pastor pueden moverte, humildemente te suplico nos descubras de qué tierra ó de qué cielo eres venida, cuál sea el dichoso origen de tus gentes, ó qué dulce nombre tus padres te pusieron, que ahora mas que por saberlo lo pregunto, si como pienso eres la diosa que en esta fiesta preside ó alguna ninfa destes montes. Mas si por nuestro bien de los que en el suelo viven eres nacida, y á cosa tan divina le toca alguna sombra de tierra, ¡ó muchas veces dichosos los que contigo tratan! ¡Dichosos tus vecinos y parientes, y sobre todo bienaventurado el que tú quisieres que lo sea! Y sin pasar de aquí, mi ventura, pastores, me llevó muy adelante. Acuérdaseme ahora que la tarde de la siguiente fiesta los mas validos de aquellas selvas estaban en un llano que á la puerta del celebrado templo se hacia, ocupados en placenteros ejercicios, y yo aunque con harta soledad y tristeza, tambien á vueltas de los demas servia de regocijar el ejido, donde entre

muchos premios que aplicados á diversas habilidades se hallaron, no fueron pocos los que de mi mano repartí por las mas hermosas pastoras, que á la sombra de los árboles en mirar nuestros entretenimientos se ocupaban. Pero entre los demas, no sé si porque á Eupites afamado en la lucha con una astucia que yo sé puse en el suelo, ó si por dejarme atras en la carrera al ligero Licias, ó ganar en la barra á Gracino, ó en el salto á Plonio, al fin entre los demas premios vino á mis manos un curioso espejo en negro ébano engastado, y allí con no poca curiosidad entallado el liviano Narciso, tan hermoso y bello que estar vivo dijérades, ó que el mismo dios de amor fuese habriádes juzgado, si á este quitasen la venda ó al otro pusiesen las alas. Estaba recostado al márgen de una fuente bebiendo por los ojos de sus claros hielos el fuego que le dejó abrasado; y á una parte de la selva, entre las inquietas hojas de los árboles, tal se mostraba la parlera Eco que aun pintada parecia responder á los últimos acentos del desasosegado niño, con que mas encendia su desvanecimiento, y no sé si á compasion si á deleite movia verlo tras esto convertido en una hermosa flor, y en torno della las ninfas de los campos y valles comarcanos no sembrando rosas ni flores, sino amorosas lágrimas con que la tierna florecilla parecia cobrar nuevo verdor y frescura, que aun la muerte no trocó su crueldad y altivez:

todo con tal artificio puesto, quanto era menester para divertir y aun engañar los mas cuidadosos ojos. Pues con este espejo en la mano no me seria fácil decir lo que por mí pasó, que sin duda grandes cosas fueron, pues al fin de todas concluí de colgarlo como despojos de mi victoria en el templo que ya amor me habia señalado; y así con la mayor reportacion que pude, llegándome donde los mayores asombros de mi pensamiento estaban, tomad, señora, le dije, en que veais el desasosiego de mas de un corazon, y sea de suerte que su curiosidad no sirva de profecía. No son mis ojos, respondió ella, tan arrogantes, ni viven con tanta ociosidad que se dejen llevar del engaño; y plega á Dios que este no lo sea. Ojalá, respondí yo, fuera espejo de pensamientos; aunque no sabia decir si estas últimas palabras perfectamente sonaron en sus oidos. Mas habiendo pasado algunos dias tan envuelto en lágrimas y tormentos que apenas los ganados me conocian, si es posible creerse tal de mi ánimo, lo tuve para escribirle una carta, mas determinado á morir que á esperar respuesta, la cual porque excediese los límites de mi rudeza, Galicio un pastor serrano en su cabaña me la ayudó á notar; mas como sea cierto que yo ahora no siento en mi corazon aquel contento que me causó la primera vez que la escribí, no pienso obligarme á decíroslo como en la memoria para martirio mio la ten-

go; mas si todavía gustáredes de saber lo que en ella me fue dictando el amor, y coloquios semejantes entre encinas y robles cupieron, aquí la hallareis escrita, y aunque de grosera mano digna por su pensamiento de cualquier buen lugar. Entonces sacando del seno una delgada corteza de árbol, Rosanio oyéndole todos así comenzó á leer:

### CARTA DE FELICIO.

El que por verte y no verte  
 En tu amor mirando vive,  
 Señora, aquesta te escribe  
 Por avisos de su muerte:  
 Tal quedé sin tí y sin mí,  
 Que con un mismo deseo  
 Muero porque no te veo,  
 Y muero porque te ví.  
 Todo mi bien está en verte,  
 Toda mi gloria en buscarte,  
 Y del ansia de no hallarte  
 Nace en no te ver mi muerte:  
 De donde salí á dó voy  
 Hay infinita distancia;  
 Y así en mi perseverancia  
 No hay mas bien ayer que hoy.  
 Haciendo en mi mal mil pruebas  
 Siempre á caza del contento,  
 Engañando el pensamiento  
 Con esperar cosas nuevas,

Viene un dia y otro dia,  
 El de hoy como el de ayer,  
 Que donde falta el placer  
 Todo va por una via.

Ya sé que esto no es en tí  
 Demas fruto que cansarte,  
 Quiero ponerlo á una parte  
 Mientras te la doy de mí;  
 Y si decir no supiere  
 Lo que pretendo decir,  
 Sabré á lo menos morir  
 Por lo menos que dijere.

Aunque en tan dudoso estrecho  
 Ni sé en que empiece ni acabe,  
 Que al mal que en palabras cabe  
 Lugar le sobra en el pecho.  
 Vayan pues mis sentimientos  
 Libres y con claridad,  
 Ques propio de la verdad  
 Ir desnuda de argumentos.

Sin haber tenido cuyo  
 Ni conocido otra fe,  
 Desde que te ví dejé  
 De ser mio por ser tuyo:  
 Tuyo soy, tuyo seré;  
 Por tí vivo y por tí muero;  
 Y si mas bien que este quiero  
 Nunca el cielo me le dé.

Desto al descuido mirado  
 Hallarás en mí el efecto,  
 Que no hay mas claro secreto

Que el de un pecho enamorado:  
 Mas si te causa disgusto  
 Lo que mi gusto pretende,  
 Las menos veces se entiende  
 Lo que no pone buen gusto.  
 Y así no será milagro  
 No entender bien mi dolor,  
 Que en la mesa del amor  
 Sin su salsa todo es agro.  
 Estos rezelos continos  
 Son al pecho mas seguro  
 Duendes, que desde lo oscuro  
 Asombran los mas vecinos.  
 Y si este temor perdiere  
 No fies mucho en mi amor,  
 Que nunca muere el temor  
 Sino donde el amor muere.  
 Mal se escusa el padecer  
 Si es forzoso haber de amar,  
 Y quien teme ha de penar,  
 Y quien ama ha de temer.  
 Si en la historia de Narciso  
 Y un espejo de cristal,  
 Amor de mi bien y mal  
 Hacer un retrato quiso,  
 Al justo ha salido aquí,  
 Por mas que lo he sido yo,  
 Que él muere por lo que vió  
 Y yo por lo que no ví.  
 El su gloria vió presente,  
 Yo siempre vi mi dolor,

A él una fuente hizo flor,  
 Y á mí una flor hizo fuente:  
 Aunque es mas dulce mi muerte,  
 Y la causa mas honrosa,  
 Cuanto es menos una rosa,  
 Y mayor el bien de verte.  
 Pues, serrana, si la sierra  
 No te ha dado el corazon  
 De la misma condicion  
 Y aspereza de la tierra,  
 Imita á Eco, que es justo  
 Ser amada y merecerlo,  
 Que en pago yo haré por serlo  
 Para siempre de tu gusto.

Acabó el pastor de leer su carta, y Felicio hasta el fin la fue con tanto sentimiento solenizando, que muchas veces paraba en medio de las razones á contar sentimientos mas para el alma que la pluma. Todos nos compadecemos dél, que por forzosas causas desterrado de su contento, no es mucho que las encinas sientan su dolor y los montes se lo ayuden á llorar. Entonces el anciano Aristeo que sobre los demas por compañero le tenia, incitado de una verdadera compasion, así oyéndole todos dijo: No sé, Felicio mio, si hasta ahora mi amor y voluntad te es manifiesta, ó como por otros acaece me sea necesario descubrir de nuevo con palabras lo que las obras no han podido, que no sé lo que hay en esto, mas bien en-

tiendo de mí que tú mismo no te desees mas descanso que el que yo te diera si tuviera caudal para ello; y si alguno tus males te conceden, oye lo que el cuidado de tu salud me ha ofrecido. En aquel tiempo que yo así pequeño como á los niños acaece levantaba del suelo las menudas ramas quebrándolas no sin mucho trabajo mio, mi anciano padre, que como se puede presumir me amaba, muchas veces solía llamarme á la sombra de alguna encina, donde mientras en las leyes de la pastoría me industriaba, tal vez le vino á cuento tratar de aquellos antiguos y olvidados tiempos cuando nuestros bueyes hablaban, y el cielo mas blando se mostraba á los hombres, y los inmortales dioses sin desdeñarse de las selvas cantando, como nosotros hacíamos, solian apacentar sus ganados, gozando el mundo todavía de la quietud y paz de su primer verano: donde si nuestros mayores cargados de dias y cubiertos de honradas canas ya en reverencia de sus muchos años no salian al ejido, á veces en sosegado trago bebían saludablemente, y otras con encantadas yerbas, calentando la refriada sangre, se volvían al verdor y mozedad primera, no de otra manera que en los antiguos ramos solemos injerir vivas astillas de mejores árboles. Mas lo que yo entre aquellos cuentos con mayor advertencia escuchaba y él mas á menudo repetía, era la secreta virtud de una oculta cueva, que muchas veces para remedio

suyo fue digno de consultar, y no todos los mortales ojos son merecedores de verla, mas solo aquellos á quien el cielo su misma luz les prestare, con que se puede descubrir no solo la escuridad de sus senos, mas las delgadas sombras de los que ya viven en aquellas mismas regiones que ahora estan; y porque si los dioses algun camino han dejado á tu salud, aquí solo te será posible hallarlo, determino contarte lo que de mi viejo padre y otros venerables pastores de aquel tiempo aprendí, para que tú á los que tras estos siglos vendrán declarar puedas semejantes maravillas. Y vosotros, encubiertos dioses á quien este cargo toca, y vosotras calladas sombras, carcomidas imágenes de los ya enterrados, y tú oscuro y confuso caos, riberas de eterna noche ceñidas, haced lícitas mis palabras, para sacar á luz las cosas escondidas en los senos de la tierra, y aquellas amarillas figuras que las vacías casas y desnudos reinos de la muerte habitan. Y tú, Felicio mio, sabe que en estas mismas selvas que ahora tenemos, bien que el camino sea oculto, en cierta conjuncion de menguada luna, cuando la tierra menos cargada de fruta vive, una temerosa cueva súbitamente debajo de los pies se abre, de aspecto tan espantoso y divino, que luego por sí misma se hace adorar, y quien por sus dudosas concavidades entrare, bastándole á semejante cosa el ánimo, no muy desviado de nuestras regiones es fama que sen-